

CADÁVERES PARA LA PROPAGANDA

DORITA NOUHAUD

Université de Bourgogne

El día 6 de octubre de 1976 un DC8 de Cubana de Aviación, con 73 pasajeros a bordo, a los pocos minutos de haber despegado de Barbados explota y se abisma en el mar Caribe. Sin lugar a dudas, el accidente era de origen criminal. En breve tiempo la policía da con los culpables, dos conocidos exiliados anti-castristas y dos venezolanos. Y el 15 de octubre, en la «histórica Plaza» de la Revolución de La Habana, Fidel Castro celebra un acto de despedida a las víctimas, en el que denuncia a quienes son, según entiende, y con razón, los verdaderos responsables del atentado, a saber Estados Unidos y la CIA. Al día siguiente, 16 de octubre, *Granma* publica el discurso, solemnizándolo con un llamativo titular cuya confección pone visual y obviamente de manifiesto las intenciones segundas de Fidel: transfigurar la tragedia nacional en evento para la propaganda pro castrista. El habilísimo fraccionamiento de la oración titular en once fragmentos impresos se inaugura con nada menos que ocho tramos ponderativos de la palabra y glorias del Líder Máximo, Discurso pronunciado, Comandante en Jefe, Primer Secretario, Presidente del Consejo de Estado, postergando hasta los tres últimos fragmentos la notificación del motivo del acto.

Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente del Consejo de Estado, en el acto de despedida de duelo de las víctimas del avión de Cubana destruido en pleno vuelo, el 6 de octubre.

Plaza de la Revolución.

15 de octubre de 1976.

«AÑO DEL XX

ANIVERSARIO DEL GRANMA»

Quizá pueda asombrar el afirmar de entrada que el verbo de Fidel Castro, polémico, requisitorial, toma su eficacia de la retórica griega. Sin embargo nada más exacto: para vilipendiar a EEUU, para denunciar a la CIA, es el viejo Aristóteles quien facilita las armas, como a continuación se comprobará. Castro, nacido en 1926, desde la edad de once años hasta el ingreso en la Facultad de Derecho de La Habana, fue alumno en Santiago de Cuba de los Jesuitas españoles, quienes por aquel entonces impartían a los vástagos de las familias acomodadas las humanidades greco-latinas en primera fila de las cuales venía, obviamente destacada, la retórica aristotélica. De mucho provecho le resultó ésta posteriormente, cuando habiéndose recibido de abogado el futuro Líder Máximo pidió al arte oratorio el medio de ganarse la vida y de sostener a su incipiente familia. Se sabe de otros, a quienes admiraba Castro, que han pasado a la posteridad por su maestría en la elocuencia: cuéntase que procesado Fidel a raíz del fracasado ataque al cuartel de la Moncada del 26 de Julio de 1953, inquiriendo el juez quién había sido el instigador de la intentona, contestó el encausado que el verdadero responsable se llamaba José Martí. Posiblemente sea hagiográfica la anécdota por venirle bien a la leyenda castrista tan prestigioso respaldo, pero sin lugar a dudas los documentos básicos que definen sino el pensamiento de Castro por lo menos sus planteamientos políticos, *Primera declaración de La Habana* (1960), *Segunda declaración de La Habana* (1962), se sitúan incuestionablemente bajo los auspicios del gran patriota cubano. Poniendo por caso más reciente el discurso del 15 de octubre de 1976, en el que alude Castro a las luchas por la Independencia nacional en el pasado siglo, al decir que «durante más de cien años ha sido recordado y condenado con inextinguible indignación el fusilamiento de los estudiantes de medicina en 1871», está evocando desde luego el lamentable suceso histórico, pero también el no menos histórico discurso de José Martí, conocido con el título de *Los pinos nuevos*, con el que conmemoró, el 27 de noviembre de 1891 en el Liceo cubano de Tampa, el vigésimo aniversario de la ejecución de ocho estudiantes insurrectos.

Castro admiraba a Martí, Martí a Simón Bolívar, el Libertador por antonomasia; y Bolívar reconocía en fray Bartolomé de Las Casas un dechado como defensor de las justas causas. Para todos, la lucha se

amamantó en la fuerza del verbo, y el verbo tomaba su eficacia en la retórica. Bastaría recordar la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1542) del dominicano Las Casas, ordenada según la más estricta observancia discursiva de la escuela tomista y aristotélica; el escrito impactó a España, contribuyendo a que se tomaran disposiciones legales a favor de los indios. Merece estudiarse la dialéctica del discurso de Bolívar en Angostura (hoy Ciudad Bolívar, Venezuela), el 15 de febrero de 1819, que consiguió votara el Congreso la Constitución venezolana, y no solamente la venezolana sino también la Constitución de la Gran Colombia (Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador), el utópico sueño bolivariano de unidad continental. Y sobra recordar el discurso, de idéntica clase retórica, *Con todos y para bien de todos*, que pronunciara Martí en el Liceo cubano de Tampa el 26 de noviembre de 1991, (el día anterior al citado *Los pinos nuevos*), llamamiento a la unidad de toda la emigración cubana como primer paso a la preparación del desembarque en la Isla y a la insurrección patriótica que efectivamente, al cabo de tres años y medio de lucha, había de poner jaque mate a la España imperialista.

PROPAGANDA PRO DOMO

Habiendo apelado de entrada a la cultura griega respecto de Castro para analizar este discurso encomiástico de 1976, recordemos que en Atenas la oratoria mortuoria formaba parte de las «ceremonias de heroización». Al respecto comenta Nicole Loraux en su libro *L'invention d'Athènes*¹ que «los *epitáphioi* desarrollaban prolijamente el tema — en suma político — de la inmortalidad de la gloria cívica» porque «la muerte cívica iluminaba a toda la comunidad con el brillo de su gloria». Elogio colectivo, el discurso mortuario celebraba, por supuesto, a los muertos, pero encareciendo sobre todo el tipo de muerte, una muerte que hiciera párticipa a la patria en la gloria recibida. Por otra parte, el carácter colectivo de las honras fúnebres requería paradójicamente el más absoluto anonimato², designando los *epitáphioi* a los ciudadanos difuntos con el

1 Loraux, Nicole, *L'invention d'Athènes*, col. Critique de la Politique Payot, Nouvelle édition, éditions Payot & Rivages, 1993, p. 49.

2 *Idem* : «les *epitáphioi* n'accordent au citoyen d'autre nom que celui d'Athéniens, d'autre gloire que collective : entre la liste des morts et le discours, l'écart est patent, comme il l'est entre l'hymne et l'éloge, entre la lamentation, funèbre ou héroïque, et le *lógos*. Dans les funérailles nationales ces deux dimensions coexistent et, pour comprendre l'oraison funèbre, il importe de la replacer dans ce

sólo nombre de atenienses. Contemplemos ahora el discurso de La Habana del 15 de octubre de 1976, y a continuación comprobaremos que atiende la ideología del *epitáphios*, celebrando el papel cívico y anónimo de un «bel morir»; y que además se ajusta impecablemente al ordenamiento retórico del esquema argumentativo aristotélico con el *exordio* para tratar de ganarse la adhesión del público; la *narración* de los hechos que justifican la toma de palabra; la *confirmación* o presentación de los argumentos, con la *refutación* de los argumentos contrarios, y la *peroración* o *epílogo*, no sin antes colocar una oportuna *digresión* entre *confirmación* y *peroración*.. Los míticos uniforme de campaña y barba del orador, o el titular del informativo que enumera sus dignidades y categoría, constituyen el *ethos* del encomiasta en quien reconoce el público complacido a una persona innegablemente dotada de la credibilidad y capacidad persuasiva imprescindibles en tal circunstancia; así se creará sin dificultad el *pathos* o estado emocional intenso.

Queda por determinar a cuál de los tres tipos de elocuencia que define la Retórica se puede adscribir el discurso de Castro: el *epidíctico* cuyo tema es el panegírico o el vituperio; el *judicial* y el *deliberativo* o *político*. A primera vista diríase que al género *epidíctico* pues declara el exordio que se están celebrando las honras fúnebres de las víctimas del atentado, y así lo repite el titular del *Granma*:

Conmovidos, luctuosos, indignados, nos reunimos hoy en esta histórica plaza para despedir, aunque sólo sea casi simbólicamente, los restos de nuestros hermanos, asesinados en el brutal acto de terrorismo perpetrado contra un avión civil en pleno vuelo con 73 personas a bordo, de ellas 57 cubanos.

(...)

fueron 57 saludables, vigorosos, entusiastas, abnegados y jóvenes compatriotas nuestros. Su edad promedio apenas rebasaba los 30 años aunque sus vidas eran ya, sin embargo, inmensamente ricas en su aporte al trabajo, al estudio, al deporte, al afecto de sus familiares allegados y a la Revolución.

Cuando leemos las biografías de cada uno de ellos vemos qué espléndida hoja de servicios al país constituyen sus vidas. El

cadre indissolublement religieux et politique. Mais, une fois de plus, les *epitáphioi* opèrent un tri dans la complexité de la cérémonie, choisissant la politique contre le religieux après avoir choisi l'intemporel contre le mouvant et l'unité contre la diversité. (p. 64).

Cadáveres para la propaganda

Capitán de la nave había sido elegido, este mismo año, Héroe Nacional del Trabajo. Muchos habían recibido la medalla del XX Aniversario. Numerosos entre los tripulantes habían prestado distintos servicios internacionalistas y los atletas acababan de escribir una brillante e insuperable página deportiva, ganando la totalidad de las medallas de oro en las competencias regionales de esgrima que acababan de efectuarse en Caracas. Muchos eran militantes de la Juventud o del Partido, todos se destacaban en sus actividades.

¿Así que género epidéctico? Equivocación sería creer que el propósito de Castro fuera tan sólo elogiar y llorar a los muertos. Para él, las apuestas políticas siempre suplantarón los afectos, siempre supo él aprovechar los contextos cuales fueran en beneficio propio. En 1976 no iba entonces a desperdiciar la magnífica oportunidad que le brindaban sus enemigos, casi a modo de regalo de cumpleaños (el 13 de agosto había celebrado los 50 años). El elogio a los muertos había de ser ocasión para una lección de moral cívica a los vivos y sobre todo de vituperio contra los enemigos pero un vituperio al servicio de una estrategia política inspirada en las películas del Oeste: el mejor tirador es aquel que dispara primero y está seguro de matar antes que lo maten. El año de 1976, en efecto, parecía favorecer las a veces atrevidas posturas políticas de Fidel: en Angola, Cuba almacenaba los éxitos militares; jefes de Estado y ministros acudían a La Habana: el primer ministro canadiense Trudeau, la ministra francesa Simone Veil, el Presidente mexicano Luis Echeverría, el primer ministro sueco Palme (otro primer ministro, un tal Jacques Chirac, tuvo que cancelar su viaje a Cuba porque aquel verano dizque tres cubanos se vieron involucrados en un atentado parisino que se supuso fomentado por el terrorista Carlos).

Descontando los actos semi-sociales y semi-político-diplomáticos, ¿qué había sucedido en Cuba aquel año? Por referéndum, el 15 de febrero se adoptó la Constitución. A continuación se celebraron comicios presidenciales y a Castro se le otorgó el único título que le faltaba: Presidente del Consejo de Estado. En octubre, ya todo estaba listo para la vigésima conmemoración de la epopeya del *Granma*, el mítico barco en el que el 2 de diciembre de 1956 llegaron Castro y sus barbudos, reiterando la gesta de Martí en 1895. En Estados Unidos también se acercaba la elección presidencial que, de hecho, contra el republicano John Ford ganaría el demócrata Jimmy Carter. El Presidente que el 20 de enero de

1977 entraba en la Casa Blanca probablemente había de ser el único presidente dispuesto a distender las relaciones de los Estados Unidos con Cuba. Sin embargo, pese a los cumplidos que, llegado el momento, formulara Castro sobre la inteligencia y alta moralidad de Carter, el cubano no apretará la mano abierta y en más de una ocasión sus siempre imprevisibles declaraciones dejarán malparado al americano. Y todo ello porque con la de momento triunfal campaña de Angola parecían concretarse sus sueños de socialismo para el continente africano. En 1976 viaja al Africa (Argelia y Guinea donde visita a Sekú Turé) pero también a los países del Este europeo, Yugoslavia, Bulgaria, y por supuesto la Unión Soviética. Moscú sellará un pacto de colaboración con Cuba para los años de 1976 a 1979. Es obvio que por derivación las relaciones entre Cuba y Estados Unidos alcanzaban su grado de mayor tirantez. Una serie de ocho atentados contra personas o bienes cubanos (en la embajada cubana en Lisboa el 22 de abril, en la legación cubana en la ONU el 5 de julio, el rapto de dos diplomáticos cubanos de la Embajada en Buenos Aires, el 9 de agosto) culmina el 6 de octubre con la explosión del DC8. Todo eso lo detallará Castro minuciosamente en la *narración* de su discurso. Así es que la ceremonia de duelo y despedida dará lugar a un discurso de tipo ya no epidéctico sino *judicial*, según nomenclatura de la Retórica, en el que el Líder Máximo denuncia la mano de la CIA y acusa a los Estados Unidos. Cantinela de muchos años, y con toda la razón del mundo. Pero ahora le toca a Castro dar las cartas: especulando sobre el resultado de los comicios americanos que se celebrarán en noviembre, («Cuba incluso mantiene la disposición de discutir con Estados Unidos, sea cual fuese el gobierno electo el próximo mes de noviembre, una solución a estos problemas, pero tiene que ser, repito, sobre la base del cese definitivo de todo acto de hostilidad y agresión a nuestra Patria») y como antelación al gran despliegue africano que ha de tonificar a la Revolución castrista desencadenando las furias yanquis, ya desde octubre Fidel aprovecha la oportunidad que le da la CIA para tomar la delantera y mentalizar a los cubanos en cuanto a una inevitable recrudescencia de la hostilidad americana, luego en cuanto a la necesidad de una incuestionable solidaridad nacional. El lema del histórico discurso martiano «con todos y para bien de todos» de 1891, subtiende el discurso de La Habana de 1976.

La Revolución nos inculcó a todos la idea de la fraternidad y solidaridad humana. A todos nos hizo hermanos entrañables en los que la sangre de uno pertenece a todos y la sangre de todos pertenece a cada uno de los demás (APLAUSOS). Por eso el dolor es

Cadáveres para la propaganda

de todos, el luto es de todos, pero la invencible y poderosa fuerza de millones de personas es nuestra fuerza. ¡Y nuestra fuerza no es sólo la fuerza de un pueblo, es la fuerza de todos los pueblos que ya se redimieron de la esclavitud y la de todos los que en el mundo luchan para erradicar del seno de la sociedad humana la explotación, la injusticia y el crimen! (APLAUSOS).

La imagen política de un hombre suele conjugar un determinado número de signos a partir de los cuales sus parciales pueden simbolizar. Hoy, decimos que los determinan las técnicas de comunicación. La retórica antigua los llamaba *ethos*. Fidel Castro, al tomar el poder en 1959, se creó un *ethos* definitivo e inconfundible. A reserva de cuando Castro se presenta ante un organismo internacional, como la ONU, o para oír la misa papal, en cuyo caso se trahea de color oscuro, con camisa blanca y corbata, se mantiene inmutable la imagen de líder máximo que impuso, discurso a discurso, y de un simbolismo revolucionario musculoso. No hubo excepción para el discurso del 15 de octubre: enfundado en el histórico uniforme de campaña y disimulada en parte la cara por la barba, perdurables testigos ambos de la expedición del *Granma* y de tres años de lucha en la Sierra Maestra, Fidel Castro habló, como con predilección suele hacerlo, al aire libre, en la plaza de la Revolución a la que calificó de histórica no bien iniciara el *exordio* («Conmovidos, luctuosos, indignados, nos reunimos hoy en esta histórica plaza»). Por su ubicación excéntrica respecto del casco viejo, poco tiene que ver la plaza de la Revolución con el pasado histórico de La Habana española y colonial. Por eso mismo, porque nada debe al pasado, porque en ella se proclamó la Revolución el día Primero de enero de 1959, el papel histórico al que conmemora y recalca la plaza es el de Fidel Castro. Parapetado detrás de una muralla de micrófonos a los que orienta y desorienta cuando busca, o finge buscar las palabras, desde el Palacio Presidencial arenga Fidel al pueblo en lo alto de un balcón de piedra cuya elevación magnificaría, si fuera necesario pero no lo es, su estatura de coloso a guisa de comentario plástico del título de «Líder Máximo». Abajo, un maremoto humano queda atrapado durante horas por el embrujo del estilo oratorio de fraseado cadencioso y cantante propio del habla española del Caribe, por el ritmo ternario característico de Castro. En uniforme de campaña y en la plaza de la Revolución, le bastaría salpicar el discurso con las tópicas palabras-clave de Revolución, Héroe, Patria, Juventud, Partido, terrorismo, imperialismo, CIA, patriotismo, socialismo, internacionalismo, para que, palabra tras palabra, por encima de la argumentación renacieran los

heróicos y patrióticos aventureros del *Granma*, barbudos y uniformados siguiendo a su heróico, socialista e internacionalista comandante. Algo más, el rotativo estatal donde saldrá el texto, y cuyo nombre es precisamente *Granma*, recordará por si fuera poco que 1976 es el año del Vigésimo Aniversario. Todo ello forma parte del flamante *ethos* presidencial.

El *exordio*, firmemente sostenido por el revolucionario *ethos*, declina las virtudes del *pathos* al que justifican las circunstancias manifestadas de entrada como un «acto de despedida y de duelo». Rápidamente el Líder transformará el dolor en un argumento político, la indignación. Dirigiéndose para empezar a los más allegados («Familiares de los cubanos asesinados el 6 de octubre»), Fidel Castro convoca el aspecto íntimo, personal de la tragedia. Al designar a las víctimas por su nacionalidad, pasa del dolor privado al duelo colectivo. Calificando esa muerte de asesinato, transforma el duelo colectivo en indignación nacional. Idéntica es la expansión semántica de los tres adjetivos inaugurales («Conmovidos, luctuosos, indignados») cuya forma plural, primero confidencial, casi personal diríase, pronto queda atrapada por el pronombre reflexivo («nos reunimos») y el propio significado del verbo reunirse, que trasladan a nivel colectivo una situación paulatina e inconscientemente remedada por el público: éste, inicialmente recogido y silencioso en el dolor («Conmovidos, luctuosos»), terminará extremando los aplausos y las exclamaciones como si quisiera encarnar el adjetivo «indignados». El texto impreso consigna en capitales las intervenciones sonoras de la indignación: «(EXCLAMACIONES DE ¡NO!)»; «(APLAUSOS)». Los tres adjetivos iniciales que denotan emoción, generan:

1 — En nivel racional, una adjetivación que define la virtud cívica de la ideología castrista en términos tomados de la moral cristiana: entusiasta, abnegado, humilde, fervoroso, heroico, honesto, digno.

2 — En nivel inconsciente, un ritmo ternario, desde el punto de vista fonético, silábico, semántico y sintáctico. Cada adjetivo introductor consta de cuatro sílabas, pero en cada uno la tónica es la tercera y entre las tres se combinan tres vocales, i, o, a, de más aguda a más abierta. La i, agresiva y protestataria, reiterada en «indignados», renueva y acrecienta en este tercer adjetivo la emoción expresada por el primero, «conmovidos».

Cadáveres para la propaganda

Partiendo de esta estructura adjetival dominante se multiplican las estructuras ternarias en forma de acumulaciones sistemáticas, con los patrones siguientes:

— dos adjetivos y un sustantivo: «bravos y expertos pilotos».

— sustantivo+adjetivo+complemento nominal: «profundidades abismales del océano»; «Héroe Nacional del Trabajo».

— un sustantivo y su complemento nominal semánticamente redundante: «afecto de sus familiares allegados».

— tres sustantivos trisilábicos denotando actividades: «trabajo, estudio, deporte».

— los mismos sustantivos humanizados: «trabajadores, estudiantes, deportistas».

— tres sustantivos que designan una virtud cívica, respecto de los cubanos: «dedicación, superación, cumplimiento».

— tres sustantivos que designan un vicio social, respecto de lo yanquis: «explotación, injusticia, crimen».

— tres verbos en futuro: «recordará, condenará, aborrecerá».

— tres formas reflexivas: «se profundiza, se hace más consciente, se hace más fuerte».

— tres sintagmas posesivos: «nuestros tripulantes, nuestros heroicos trabajadores del aire, nuestros abnegados compatriotas».

— tres oraciones subordinadas: «que los crímenes del imperialismo no tienen fronteras, que todos pertenecemos a la misma familia humana, que nuestra lucha es universal».

Cuando la emoción, la indignación, vale decir la maestría oratoria, atropellan el ritmo, se alarga el tempo a cuatro:

— «más revolucionaria, más digna, más socialista y más internacionalista».

— «más desesperadas, más histéricas, más cínicas, más impotentes».

llegando a veces a cinco:

— «saludables, vigorosos, entusiastas, abnegados y jóvenes compatriotas nuestros».

Terminado el *exordio* en el que *ethos* y *pathos* conjugan su eficacia para multiplicarla, la *narración* y luego la *confirmación*, despliegan impecablemente el *logos*, implacablemente sería más exacto en cuanto que el *exordio* había acondicionado al auditorio. En la Plaza de la Revolución, todos mantienen sus respectivos papeles durante horas: Fidel da explicaciones convincentes, expone comprobantes irrefutables; el pueblo escucha y aplaude para agradecer y felicitar. El acto de despedida y de duelo ha de terminar en tribunal popular: el Presidente asesta nombres y fechas; pero, por encima de sus conciudadanos, a quien se dirige es a la opinión internacional. Tan es así que en un determinado momento dirá: «Es necesario que la comunidad mundial tome conciencia de la gravedad que tales hechos implican». Ha llegado el momento de satanizar. La *narración* introduce la satánica sigla CIA con una pregunta retórica:

Si no la CIA, al amparo de las condiciones de dominio e impunidad imperialistas establecidas en este hemisferio, ¿quién puede realizar estos hechos?

Vista la causa para sentencia, la sigla sigue surtiendo efecto en anafóricas aserciones afirmativas, martilladas con tremenda eficacia oral:

Detrás de estos hechos está la CIA (...). Deseo recordar que la CIA ha sido autora de procedimientos delictivos que han estado afectando de modo creciente a la comunidad internacional en los últimos años. La CIA inventó y alentó los secuestros de aviones para aplicarlos contra Cuba en los primeros años de la Revolución; la CIA inventó los ataques piratas desde bases extranjeras en su política de agresiones contra Cuba; la CIA inventó la desestabilización de gobiernos extranjeros; la CIA reeditó en el mundo moderno la funesta política de planear e intentar el asesinato de dirigentes de otros Estados; la CIA inventó ahora el tenebroso recurso de hacer estallar aviones civiles en pleno vuelo.

Pero con todo, la CIA es sólo un instrumento; queda por nombrar al brazo que lo maneja: la *confirmación* se encarga de denunciar a los verdaderos culpables, ya no una sigla sino un execrable sintagma, el-gobierno-de-Estados-Unidos.

Cadáveres para la propaganda

el Gobierno de Estados Unidos ha sido incapaz de cumplir el espíritu y la letra del acuerdo suscrito con Cuba en febrero de 1973. (...) la acción terrorista desencadenada por la hostilidad y la política de Estados Unidos hacia Cuba ha culminado en la increíble barbarie de destruir aviones civiles cubanos en pleno vuelo.

El acuerdo suscrito entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba el 15 de febrero de 1973, no puede sobrevivir a este brutal crimen (APLAUSOS y EXCLAMACIONES DE «FIDEL, SEGURO, A LOS YANQUIS DALES DURO»).

El gobierno de Cuba se ve en la necesidad de cancelarlo y así lo comunicará esta misma tarde al gobierno de Estados Unidos. (APLAUSOS).

«EL BEL MORIR»

Hasta aquí, la *narración* de los hechos. Pero no hay adhesión, por incondicional que sea, capaz de resistir horas el cansancio físico y mental. Bien lo sabe el orador, quien entonces pide a la *digresión* ayuda para despabilar mentes dando a los oyentes la posibilidad de hacerse partícipes oralmente.

Podríamos preguntarnos qué se pretende con estos crímenes. ¿Destruir la Revolución? (EXCLAMACIONES DE «¡NO!»). Es imposible. La Revolución emerge más vigorosa frente a cada golpe y a cada agresión, se profundiza, se hace más consciente, se hace más fuerte (APLAUSOS). ¿Intimidar al pueblo? (EXCLAMACIONES DE «¡NO!»). Es imposible. Frente a la cobardía y la monstruosidad de crímenes semejantes el pueblo se enardece, y cada hombre y mujer se convierte en un soldado fervoroso y heroico dispuesto a morir (APLAUSOS).

Ahí también podría hablarse de preguntas retóricas, pero sería acelerarse demasiado. No son retóricas las reiteradas preguntas, sino que abren una zona de diálogo que pone de manifiesto la intensa comunicación del Líder con su pueblo, la total solidaridad y aprobación de éste. Su reacción espontánea se asemeja a un plebiscito, y la respuesta colectiva de ¡NO! tampoco es retórica: han transcurrido hoy más de veinte años, y pese a la presión internacional, al Papa, a la emigración, a los balseros, a las prisiones, al hambre, a la prostitución, hay en Cuba cubanos que siguen

diciendo «¡No!» a quienes buscan derribar al Máximo. Podría aducirse que la táctica digresiva destinada a dialogar quizás no despuntara especialmente aquí, puesto que ya en la *confirmación* irrumpían los aplausos y las consignas. Precisamente, durante la *confirmación* no dialogan con el orador, lo interrumpen, a veces a destiempo, pongamos por caso la frase «no volveremos a suscribir con Estados Unidos ningún acuerdo de esta índole» que fue aplaudida en sí cuando todavía faltaba la cláusula de abertura «hasta que cese terminantemente la campaña desatada contra Cuba», eventual abertura a la que Castro, astuto político, no iba a renunciar de antemano. Los aplausos que se merece la evocación de una muerte ciudadana fervorosa y heroica, llevan a una *peroración* sobre el tema martiano de «con todos y para el bien de todos», que compagina el concepto de unión nacional con el de solidaridad internacional:

¡Y nuestra fuerza no es sólo la fuerza de un pueblo, es la fuerza de todos los pueblos que ya se redimieron de la esclavitud y la de todos los que en el mundo luchan para erradicar del seno de la sociedad humana la explotación, la injusticia y el crimen!
(APLAUSOS).

Nuestra fuerza es, en fin, la fuerza del patriotismo y la fuerza del internacionalismo.

De nuevo domina el *pathos*, ya no respecto de la indignación que causara el dolor, una emoción negativa, improduyente, sino en cuanto al sentimiento dinámico de solidaridad y afecto humanos, vale decir cubanos. Sutilmente apunta la consigna que ha de mentalizar al pueblo: Cuba exportará el socialismo a los estados africanos.

Como si recordara de pronto la *peroración* el motivo oficial del acto, vuelve a los homenajeados muertos. La imagen de la caída, icariana en el *exordio*, se diaboliza en la *peroración* para pronosticar la caída de los enemigos de la Revolución, «el imperialismo, el capitalismo, el fascismo, el neocolonialismo, el racismo, la brutal explotación del hombre por el hombre en todas sus formas y manifestaciones», dialectizándose, al final, en imágenes, de ascensión:

¡Nuestros atletas sacrificados en la flor de su vida y de sus facultades serán campeones eternos en nuestros corazones (APLAUSOS); sus medallas de oro no yacerán en el fondo del océano, se levantarán ya como soles sin mancha y como símbolos

Cadáveres para la propaganda

en el firmamento de Cuba; no alcanzarán el honor de la olimpiada, pero han ascendido para siempre al hermoso Olimpo de la Patria!

Pese a que pudiera tomarse la imagen por una gastada metáfora, el «firmamento de Cuba» donde brillan los astros no es, ni mucho menos, un postrer y pésimo tópico. Castro se está refiriendo muy concretamente a los dos más densos símbolos de la patria, la bandera y José Martí. La bandera cubana es la que en el pasado siglo enarbolaron los insurrectos contra España, en 1850. En Yara, otra bandera alzó Carlos Manuel Céspedes, pero la Cámara de Representantes en abril de 1869 optó definitivamente por la primera por eso mismo, el haber sido la primera insignia de la libertad. Ondeaba horizontalmente, ostentando un triángulo equilátero, de color rojo con una estrella blanca en medio, la base contra el asta, la punta en las listas, tres azules y dos blancas. A esa estrella aludía Martí en el citado discurso de Tampa, instando al exilio cubano a que dejara atrás las desavenencias y los antagonismos, uniéndose en nombre de la patria doliente, «este templo orlado de héroes y alzado sobre corazones. Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella y traigo la paloma en mi corazón». No hay que descartar, por supuesto, el simbolismo cristiano de la estrella que brilló por el advenimiento de nuevos tiempos, y la paloma de Noé anunciadora de la vida en la tierra después del diluvio. Sobre Bolívar, su modelo, escribía Martí en 1893, describiendo un conocido retrato del Libertador: «Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América, y en su destino». Estas citas hacen patente la filiación simbólica y plástica de Castro respecto de los dos grandes americanos que abrieron caminos a la libertad, por donde entiende él que los está siguiendo.

La oratoria del cubano, en general basada en un sistema de anáforas, redundancias, pleonasmos y estudiadas gradaciones, ejerce con esos procedimientos la fuerza de encantación, la fascinación sonora necesarias para que miles de personas castigadas por la lluvia o el sol del trópico resistan una escucha al aire libre durante horas. Pero queda visto que el verbo de Castro también apela a recursos retóricos más sutiles, más complejos, alcanzando con ellos una estructura discursiva ejemplar, destinada a un auditorio que sin tener desde luego la capacidad de analizarla la recibe y aprecia espontánea y fervorosamente. Finalmente, en sus discursos ofrece Castro al pueblo cubano lo mejor de una cultura mestiza: la lengua antillana venida de España, y el arte de un bel hablar, según Aristóteles el griego.

Dorita NOUHAUD

Comprueban los discursos de Castro la vigencia de la Retórica aristotélica. Pero no podía imaginar el ingenioso griego que su argumentación había de servir un día a la exposición de 73 cadáveres en ausencia, propaganda *ad majorem Fidelii Castri gloriam*.